

# EDUARDO HURTADO

## *La mesa*

Ya estaba ahí, desde la sombra  
de los tiempos,  
a la sazón enhiesta y contenida.  
Atalaya, viga frágil del sueño.

Para poner caudal (infusiones, manjares)  
el hombre la volvió hacia el horizonte.  
Bajo el soto tupido,  
la línea simultánea de la mesa.

Cae un árbol:  
de cada hoja  
                  una balsa  
–y los caminos del exilio;  
de cada rama  
                  los pájaros  
–un linaje y el río;  
del tronco oblicuo  
                  la mesa  
–y el dispendio del mar.  
El paso alterno,  
garrapatear los signos  
que narran el origen o la historia  
(prosa:poesía),

pide un esquema  
con tinta y con gavetas,  
una mina de hierro,  
una galaxia.

Pero la mesa:  
estatuaria, cordial,  
sus arquitectos  
le amputaron la cola y el hocico.  
Se le puede malear,  
orientarla de envés, patas arriba:  
en cualquier caso  
preserva su lealtad  
al suelo  
y los guisados.  
Ante la ingravidez de las manzanas  
ella aporta materia y sedimento,  
el prodigio compacto.  
Se inscribe y se sostiene  
orgánica, obsequiosa,  
con la televisión a cuestras.  
Es durable, verdad,  
pero no eterna:  
se apaga un día  
como la madre y los repollos,  
como un astro difunto  
que ya sin ser  
                                  chispea –